

EL PROCESO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN EL MODELO INDUSTRIALISTA. LA RENOVACIÓN FRUSTRADA

Julián Fontana

Universidad Nacional de La Plata

julinof@hotmail.com

Introducción

El golpe de 1955 quitó al peronismo del poder político, iniciando el período de proscripción del partido en general y de su líder en particular, que se prolongó –salvo los breves y limitados intervalos durante los gobiernos de Frondizi e Illia– hasta el 25 de Mayo de 1973. La proscripción y el exilio del líder del movimiento, Juan Domingo Perón, dejaron un espacio vacío de representación que distintos actores políticos intentaron ocupar a lo largo del período. En el plano político, el mismo se caracterizó por la imposibilidad de consolidar una salida institucional que excluyera al partido mayoritario, el peronismo, expresado en la alternancia de dos fracasos institucionales por sustituirlo (Frondizi e Illia), con las administraciones dictatoriales militares. En el plano económico, por la implementación del “modelo desarrollista” concentrador y la creciente adopción de medidas económicas pensadas desde los organismos internacionales representativos del poder económico. Tal proceso, debe ser inscripto en el orden de un contexto internacional caracterizado por el cruce de dos grandes ejes de conflictos: el llamado Norte-Sur y el denominado Este-Oeste(1).

En el mundo del trabajo, golpeado por la implementación de políticas de control y represión del Movimiento Obrero (MO), tuvo lugar la articulación de dos procesos contradictorios. Por un lado, la desvinculación de las jerarquías enquistadas en las estructuras sindicales crecientemente burocratizadas, de sus supuestos representados. La adopción de un rol político claro por parte de éstas, expandido por fuera del ámbito del trabajo y en ocasiones en abierta contradicción con su función en la relación capital-trabajo. Esto cristalizó una práctica gremial, que alternando la política del colaboracionismo con la del enfrentamiento con los gobiernos, instaló la dinámica confrontación-negociación como modo de consolidar una estructura corporativa de poder.

Por otro lado, encontramos el surgimiento de una dirigencia sindical nacida de las bases del mundo del trabajo, particularmente en aquella relación capital-trabajo constituida en los sectores que el nuevo modelo instaló como dinámicos. Este nuevo sindicalismo, se opuso tanto a la patronal y al gobierno como a la burocracia sindical. Su crecimiento en el ámbito laboral, quedó patentizado en el acceso a la conducción de la CGT en el congreso normalizador de 1968, en el marco de la creciente movilización popular y la incorporación de nuevos actores a la escena política interna. El compromiso militante, la combatividad, la transparencia y la honestidad de sus referentes, alumbraron un cambio ético-político generacional en el movimiento obrero organizado, que prometió la renovación definitiva en el sindicalismo argentino, reconciliándolo con el período de su nacimiento y desarrollo inicial pre-peronista.

Parecía que un nuevo ciclo de nuestra historia reciente, reinstalaba materializado el proyecto de aquellos dirigentes de base de principios de siglo, frustrados por el surgimiento y apogeo del peronismo. Sin embargo, hacia el final del período,

la pretendida renovación murió en el intento y la burocracia colaboracionista salió favorecida. El presente trabajo, intentará dar cuenta de los aspectos principales que se articularon constituyendo la dinámica interna de este proceso.

1. Suspensión institucional de la política: Aramburu-Rojas, la respuesta autoritaria a la desperonización del conflicto social

La preocupación principal de la alianza golpista que derrocó a Perón, quedó inmortalizada en la frase de Lonardi "ni vencedores, ni vencidos": cómo desplazar su influencia sobre el movimiento obrero organizado, como así también sobre otros sectores del amplio espectro social, que miraba con recelo a los golpistas bajo la desconfianza de perder las conquistas sociales recientemente alcanzadas. Aunque la visión de Lonardi, era minoritaria dentro del aparato militar en particular y del bloque en el poder en general. En tanto que, las estructuras sindicales constituyen un importante instrumento de alineamiento social y canalización institucional del descontento, y en cierto sentido, el espacio ocupado por el sindicalismo peronista constituía un freno político-ideológico al "avance" del comunismo en los sectores obreros, Lonardi no se oponía a un sindicalismo conducido por dirigentes de origen y pertenencia peronista(2). Aunque eso sí, siempre y cuando fuese un sindicalismo políticamente "desperonizado": que sus dirigentes limiten el ámbito de su actuación a la esfera del mundo del trabajo, en su carácter gremial de representantes de los trabajadores, partidariamente "despolitizados", absteniéndose de toda participación en la esfera política. Algo impensable, si tenemos en cuenta tres factores. Primero, con el peronismo el sindicalismo pierde autonomía en el campo laboral y accede al plano político como socio o mentor de políticas de estado. Segundo, quienes podían desperonizar al sindicalismo eran igualmente sujetos colectivos con un proyecto antagónico para el régimen, se trataba nada menos que del socialismo. Finalmente, el nuevo bloque en el poder llegó para subordinar al trabajo ante el capital en las relaciones de producción, por lo tanto todo sindicalismo que reconstruyera su ética política en la relación capital-trabajo, sería también perseguido.

1.1. Nueva relación de fuerzas en el mundo del trabajo.

El reemplazo de Lonardi por Aramburu, significó la asunción en términos políticos de la visión hegemónica real del contradictorio y heterogéneo bloque en el poder: la autoridad peronista sobre el movimiento obrero organizado debía ser suplantada de cuajo, con la intervención represiva y enérgica del gobierno en la dirección del Estado que la había creado. Entre las principales medidas tomadas en este sentido, encontramos el decreto 7107 por el que intentó proscribir a toda una generación de dirigentes gremiales peronistas, la intervención a la CGT, la prohibición de las actividades políticas peronistas, la disolución de las comisiones gremiales internas conformadas por empresas por el Ministerio de Trabajo, y la llegada de interventores militares o civiles antiperonistas al frente de todos los sindicatos(3). Entre estas medidas, debemos ubicar otra que persiguiendo igual finalidad tuvo resultados inesperados, como veremos más adelante. Nos referimos a la promoción de la representación sindical local, habilitando más de un sindicato por rama de actividad para

dividir al MO.

Pero donde mejor quedó demostrado el contenido último del nuevo gobierno, fue en el decreto 2739 que eliminó los llamados "obstáculos a la productividad", interviniendo en el núcleo de la antagónica relación capital-trabajo en el proceso productivo, fallando a favor del primero. Esto marcó el fin de la política de concertación asimétrica entre el capital y el trabajo, que caracterizó la intervención estatal desde la segunda mitad de la década de 1930 hasta el golpe.

1.2. Radicalización del Movimiento Obrero organizado. La renovación sindical y la cultura de la Resistencia

La política represiva, contra los sectores populares en general y contra el movimiento peronista en particular, contribuyó a la gestación de una cultura de la resistencia. Tal cultura política, encontró anclaje ideológico en el amplio y contradictorio universo discursivo articulado por el peronismo durante su apogeo, y basamento material en las desigualdades incrementadas por la implementación de un liberalismo a la criolla en lo económico, con los consecuentes perjuicios para los trabajadores. Las bases gremiales peronistas, radicalizadas ante la embestida autoritaria, reaccionaron incluso por encima de su representación gremial formal, la cual osciló en su conducción entre enfrentar al régimen y colaborar con él.

1.2.1. Configuración discursiva de la cultura de la resistencia

Durante el proceso de gestación del movimiento peronista, y más aún durante su gobierno, el mismo construyó una identificación fuerte con la clase trabajadora, por la cuál se da la analogía de la identificación de la clase trabajadora con el movimiento. Perón, "el primer trabajador", se construye retóricamente como el gobernante que representa el interés de los trabajadores, pero ya no en "el sufrimiento de los perdedores", que caracterizó al movimiento obrero del período anterior a su apogeo, sino en el "triumfal ejercicio de gobierno". Pero el eje de tal retórica, no estuvo en el concepto "trabajadores", ni "movimiento obrero", ni "sindicalismo", sino en la construcción del concepto "peronista" que buscó englobar a todos. Política discursiva evidenciada en la peronización del 1° de mayo y del 17 de octubre(4), como así también en la capitalización político-cultural de un movimiento obrero organizado que lo precede en su formación, patentizada en la cooptación resignificada de una parte importante de su universo simbólico.

La recurrencia de Perón en sus constantes interpelaciones al pueblo, en colocar al movimiento peronista en el origen y basamento de la historia del movimiento obrero argentino, articuló los siguientes elementos. En principio, la acentuación el carácter de ruptura que su gestión implicaba con el pasado, rompiendo la continuidad del proceso iniciado tras la crisis de 1930, e instalando el intervencionismo estatal, el nacionalismo económico y la bandera de los derechos obreros, como instituciones de su llegada a la gestión de gobierno.

La identificación del Estado peronista, con los trabajadores y el nacionalismo económico, se articuló en cada discurso que buscó arengar a los trabajadores en sus disputas con los sectores del poder económico –en particular la oligarquía terrateniente, que por otra parte no fue tan perjudicada en su gestión- como así

también con sus adversarios políticos. Esta configuración simbólica, que reivindicaba a los trabajadores como El sujeto colectivo representativo del interés nacional, sumado a la mejoría de su existencia material producto de la política de redistribución del ingreso, dieron como resultado la revalorización social del trabajador como sujeto colectivo, que se tradujo en el apoyo político al movimiento y a su líder en particular.

Los ataques de Aramburu y Rojas contra el movimiento, y la intervención a favor del capital en las relaciones de producción, lejos de atenuar profundizaron la identificación con Perón y el peronismo en los sectores obreros radicalizados. En el ímpetu por desterrar a Perón del escenario político, lo convierten en el grito de guerra, el elemento aglutinante.

De este modo, la resistencia constituirá la referencia del peronismo a partir de 1955, puesto que trascendiendo el plano laboral articulará también elementos políticos encabezados por el delegado personal de Perón en el país John William Cooke, y hasta un sector militar fiel al líder, liderados por el general Valle. Estos últimos, encabezaron el intento de levantamiento cívico militar, cuya represión desencadenó los fusilamientos de civiles y militares ordenados por Aramburu. Esto radicalizó aún más el núcleo duro peronista contra el bloque de poder, quienes pasan a definirlo como los sectores del gorilismo antipopular y antinacional.

La reacción obrera contra la dictadura adoptó distintas formas, como el sabotaje, las huelgas, el trabajo a desgano. Se articuló en un proceso no planificado, en instancias colectivas como comités y agrupaciones políticas extraoficiales, espacios gremiales y hasta militares(5), constituyendo un entramado clandestino que dio lugar a la constitución de un vínculo político-ideológico, que redefinió el sentido de la pertenencia identitaria al peronismo. Partiendo de los elementos rupturistas, articulados en el discurso peronista que se endurece a partir de 1950, la resistencia se propuso desestabilizar al proyecto oligárquico autoritario perpetrado por el nuevo bloque en el poder, con miras a provocar un movimiento de insurrección popular que desembocara en la toma del poder, con miras - esta vez - a producir un proceso revolucionario de cambio radical. El ideólogo principal de esta estrategia, era nada menos que el representante personal de Perón, John William Cooke, quién en el marco de la misma apoyó la conformación del primer foco guerrillero que actuó en el país, ya durante la gestión Frondizi.

1.2.2. Renovación sindical y antiperonismo

Las luchas obreras en el contexto de la resistencia, generaron nuevos dirigentes que entre 1956 y 1957, ocuparon el vacío dejado por la generación proscripta, anterior a 1955. Esto se vio reflejado, en las elecciones para ocupar cargos en las comisiones gremiales internas desarrolladas en 1956, donde en la mayoría de los casos fueron elegidos nuevos dirigentes de extracción peronista. En las elecciones para normalizar la CGT, convocadas por el interventor militar, se evidenció la hegemonía que el peronismo aún conservaba en las estructuras gremiales. Los gremios antiperonistas, de extracción socialista y radical, al ver que perdían la conducción de la central obrera se retiraron constituyendo los autodenominados "32 gremios democráticos". Quedando con la conducción de la CGT las autodenominadas "62 organizaciones peronistas", estructura

gremial que hegemonizó la representación obrera legalmente reconocida, después de 1955(6).

En el nuevo escenario coyuntural, estos dirigentes tuvieron dos desafíos: por un lado negociar eficazmente con la patronal y el gobierno para instituirse como sujeto político a tener en cuenta a la hora de tomar decisiones. Por otro, presionar tanto en el plano gremial como político, para no perder las conquistas sociales logradas a lo largo del período anterior, en un escenario político adverso y en la antesala de la implementación de un modelo que cambiaría la participación de los factores capital y trabajo en las relaciones de producción, en perjuicio del segundo.

2. El Movimiento Obrero en la institucionalidad restringida: Frondizi-IIIa, los fracasos institucionales de resolución del conflicto

2.1. El sindicalismo en la coyuntura Frondizi

El 1° de mayo de 1958, asumió como presidente Arturo Frondizi, iniciándose el primer intento de canalización del conflicto y sustitución del peronismo por la vía electoral. La victoria electoral obtenida el 23 de febrero de 1958, liderando la fórmula de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) que componía con Alejandro Gómez, fue posible en un escenario de proscripción del peronismo y el llamado del líder del movimiento, a votar "por el proyecto más cercano" al modelo de país sugerido en su gestión. La aceptación inicial del referente político del desarrollismo, por parte del peronismo, se debía a las siguientes cuestiones: en principio, a Perón le servía para ganar tiempo e iniciar el proceso de institucionalidad de la vida política que tarde o temprano abriría la puerta de su retorno al poder. Si de "esperar" se trataba, nada mejor que con una gestión que tenía algunos puntos de contacto en su posicionamiento discursivo con el campo simbólico que configura el peronismo: su retórica industrialista planteada en términos del desarrollo nacional estaba en línea con el nacionalismo económico sostenido por el discurso peronista(7). Además, articulaba en sus discursos una visión policlasista de la integración nacional, que sugería un direccionamiento de la política estatal en busca de cierta "armonía" en la relación capital-trabajo.

En referencia a esto último, y como uno de los elementos fundantes del acuerdo con Perón, Frondizi se comprometió a: restituir a la CGT el rol que le competía en la escena político-gremial, convocar a elecciones en los sindicatos intervenidos por el golpe, levantar la proscripción a los dirigentes sindicales peronistas, promover la restitución de las negociaciones sindicales colectivas basadas en el monopolio de la representación por un sindicato por rama, y a iniciar el proceso lento y paulatino que culminaría con la eliminación de la proscripción política del peronismo.

Pero no todos los actores encolumnados en el movimiento peronista veían con buenos ojos a Frondizi. En el núcleo duro e íntimo de la resistencia, el sector más radicalizado, entendían que el proyecto frondizista estaba dissociado de todo proyecto genuinamente popular que apuntase al cambio social. Tal proyecto solo sería viable - en esa coyuntura - en el marco de un gobierno presidido por Perón. De todos modos, esta línea era más una visión política que una estructura consolidada, y estaba liderada ideológicamente por Cooke, quién sin compartir

la totalidad de lo dispuesto por Perón por el momento acataba sus directivas. Esto hizo que el nuevo presidente contara con un período inicial de tregua.

En los primeros meses de su gestión, Frondizi cumplió sus principales promesas que beneficiaron la estructura sindical peronista: dictó la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales basada en el código de trabajo peronista. La nueva legislación, centralizó la representación sindical por rama de actividad, terminando con el intento de Aramburu de dividir al movimiento obrero organizado al permitir la formación de varios sindicatos por rama. A su vez, anuló la representación de la minoría en las conducciones gremiales centralizadas, por lo tanto el que ganaba la elección interna ocupaba todos los cargos, o dicho de otra manera asumía el control total del sindicato(8).

También autorizó a los empleadores a retener la cuota gremial de los haberes de los trabajadores, por orden y a cuenta de los sindicatos. Esta medida, junto a la captación de los aportes a las obras sociales que el gobierno de Perón había dejado en manos de los gremios, instituyó la principal fuente de financiamiento que potenció al aparato sindical. La solidez económica de las grandes estructuras sindicales, les permitió solventar sus actividades clientelares, por medio de las cuales sus conducciones se aseguraron la permanencia y el control. Como conclusión de estas medidas, podemos decir que en la casi totalidad de las elecciones normalizadoras ganaron las conducciones peronistas(9). Pero la dinámica propia del modelo que Frondizi apadrinó políticamente, muy pronto dio por tierra con la tregua sindical.

En junio de 1959, Frondizi introdujo un giro liberal en su gestión con la designación de Álvaro Alsogaray en el Ministerio de Economía. El argumento para justificarlo, fue el de la necesidad de estabilizar" la economía y direccionarla hacia la captación de la renta por parte del capital concentrado, para de este modo generar la masa de recursos que solventaran la inversión "necesaria para el desarrollo". Acordó un plan de estabilización con el FMI, en el que incluyó la reducción de las protecciones arancelarias, el congelamiento salarial, la devaluación de la moneda, el aumento de precios y la privatización del frigorífico nacional Lisandro de la Torre. Esto provocó la reacción del movimiento obrero y entre 59 y 60 tendrán lugar numerosas huelgas y acciones de lucha. El gobierno respondió interviniendo sindicatos y limitando el margen de maniobra de los gremios, colocando al movimiento obrero a la defensiva. El núcleo duro de la resistencia se radicalizó ante lo que leían como la traición de Frondizi. En el trasfondo de la cuestión, subyacía como causa profunda la imposibilidad de constituir una alianza policlasista en el marco del modelo desarrollista concentrador.

Ante esto, las conducciones peronistas de los principales gremios centralizados adoptaron una lógica política pragmática, que conllevó a la burocratización de los sindicatos, proceso que se inició con las reformas emprendidas por Frondizi. Los activistas más radicalizados fueron excluidos de la participación en los gremios por la conformación de listas negras. Algunos de estos, directamente abandonaron la actividad sindical. Los que insistieron, lo hicieron en un contexto institucional desfavorable, configurado por la ley 14455, que como hemos visto ahogaba la posibilidad de una democracia interna en la actividad política sindical, que diera lugar a un cuestionamiento de las conducciones instituidas.

En el marco del intento por canalizar electoralmente el conflicto, Frondizi dio lugar a la participación del justicialismo en las elecciones para gobernador desarrolladas en marzo de 1962, conforme lo acordado con Perón. En tanto que su participación estaba negada, el sindicalismo jugó un rol importante en el armado de la campaña peronista. Como resultado de los comicios, el PJ obtuvo 8 de las 14 candidaturas en disputa y un candidato de extracción sindical (Framini) ganó en Buenos Aires(10).

Pero la realidad histórica contradujo la lectura política de Frondizi. El intento de "canalización política del conflicto" le costó caro: el antiperonismo político se enervó ante el resultado, los sectores de poder leyeron la peligrosidad que implicaba restituir al PJ a la vida política, así se mantuviera la proscripción del líder. Las FA presionaron al gobierno, a quien dejaron de ver como confiable. Rápido de reflejos, Frondizi anuló las elecciones e intervino las provincias donde había ganado el PJ, en un último intento por salvar la continuidad de su gestión. Pero el gesto no alcanzó y fue depuesto asumiendo el ejecutivo el antiperonismo, representado por José María Guido y expresado en la conformación de su gabinete.

En cuanto al movimiento peronista, ¿qué dejó como resultado la elección de 1962? Si bien la avanzada de la burocracia sobre la arena político-institucional duró poco, sus dirigentes no tuvieron la misma lectura en cuanto al posicionamiento que habían ganado dentro del movimiento. Esto se debía al rol central que ocuparon en la campaña que llevó al peronismo a la victoria, en su primer participación electoral desde 1955. Augusto "el Lobo" Vandor, dirigente de la UOM, surgió como figura predominante dentro del sindicalismo peronista. Desde el comienzo de su conducción, intentó capitalizar su posicionamiento para la construcción de un proyecto político personal para acceder al poder político: se trataba nada menos, que de liderar el movimiento tras la consigna de llevar al poder al peronismo desplazando el liderazgo de Perón.

2.2 El sindicalismo en la Coyuntura Illia

En 1963, llega a la presidencia Arturo Illia, iniciando el segundo intento institucional de canalizar el conflicto desperonizando la política. Al igual que Frondizi, intentará capitalizar una apertura política a la participación electoral del PJ, motivo por el cual dicho partido fue legalmente reconocido en los comicios de 1965, donde la burocracia sindical retroalimentó sus ambiciones de intervenir políticamente, al comandar la campaña que permitió al peronismo la obtención de un bloque de 52 diputados, liderados por el vandorista Parrilli. Pero tales aspiraciones, chocaron al año siguiente con el límite que la burocracia se resistía a ver: En las elecciones por la gobernación de Mendoza, Perón apoyó al impresentable Corvalán Nanclares, derrotando al candidato de los jerarcas sindicales Serú García(11).

Si Frondizi había articulado algunos elementos reconocibles en el campo de significación discursiva del peronismo, resignificados por el discurso de la resistencia, que decir de Illia, cuya retórica populista fue acompañada de acciones y resultados. Entre estos, cabe destacar: a) el nacionalismo económico, materializado en la anulación de los contratos firmados por Frondizi con las compañías petroleras extranjeras y b) la distribución del ingreso materializada en la importante disminución del desempleo, el incremento salarial garantizado

por una nueva ley que elevaba el salario mínimo y el incremento de la participación en el presupuesto de las áreas sociales(12). Sin embargo, la administración Illia se da en un momento de ofensiva sindical. Las respuestas a tal aparente contradicción, debemos buscarlas nuevamente fuera del mundo del trabajo, en la arena política, ámbito que será la prioridad de intervención de la burocracia sindical.

Mediante reformas a la ley sindical, Illia se proponía fisurar la estructura de la burocracia sindical dando lugar a la irrupción en el movimiento obrero organizado, de una nueva dirigencia surgida de las bases movilizadas, que hasta el momento eran minoritarios en cuanto a su representación y a quienes suponía más dóciles. Contra esto, se levantó una oleada de huelgas y ocupaciones promovidas por la burocracia sindical, pero apoyadas por sus bases, en tanto que tuvieron como trasfondo de legitimación la continuidad estructural del desarrollismo concentrador en las relaciones de producción. La otra cara de la protesta, debemos verla en el terreno político, donde la burocracia buscaba instalarse como interlocutor necesario de cualquier intento de gestión gubernamental.

Debemos pasar entonces, a caracterizar el modelo de acumulación que constituyó el basamento último de la dinámica política, como así también la praxis de la burocracia sindical. Pero antes, una mínima y necesaria referencia al campo de las ideas que conviven en términos contradictorios y se articulan en este momento histórico. Sintetizándose en la legitimación en el plano superestructural, de la búsqueda de resolución del conflicto y acceso al poder, por caminos que no necesariamente deben ajustarse al marco institucional que impone la democracia representativa burguesa.

2.3. Marco contextual en el plano de las ideas

El período se inscribe en un contexto internacional atravesado por dos grandes paradigmas, cuya articulación nos da el marco de inscripción del conflicto: la guerra fría y el proceso de descolonización política y económica. Esto instaló dos ejes de conflictos: por un lado el llamado Norte-Sur, en referencia a las contradicciones entre los países centrales y el tercer mundo, por otro lado el denominado Este-Oeste, en referencia a la disputa entre el orden socialista y el orden capitalista. Ambos ejes se cruzaron todo el tiempo, configurando la diversidad de visiones políticas que serán las fuentes significantes de los procesos latinoamericanos.

Quizás donde mejor se vio esto, fue en el proceso Cubano, que comenzando con el contenido político de un proceso independentista inscripto en el eje Norte-Sur, culminó en una revolución social que la inscribió en el conflicto Este-Oeste, al materializar el socialismo en América Latina. La Revolución Cubana, triunfante por la vía de las armas en enero de 1960, tuvo gran influencia en el mapa político latinoamericano. Por un lado, EEUU se dispuso a redoblar sus esfuerzos para no ver lesionada su hegemonía, articulando la estrategia de promover mejoras en los países de su órbita latinoamericana, mediante la Alianza Para el Progreso, con la de apoyar dictaduras –cuando no a generarlas- para combatir la “expansión del comunismo”(13). Es decir, suavizar las contradicciones o bien intervenir para resolverlas a su favor, en procesos que podrían llevar a nuevas cubas. Por otro lado, la revolución caribeña alimenta en Latinoamérica la idea del cambio revolucionario, a partir de materializarla.

En el ámbito local, el cruce de los dos ejes tuvo sus repercusiones. Nace la Doctrina de Seguridad Nacional, con antecedentes locales en las leyes para controlar al MO en las primeras décadas del siglo, basadas en el concepto del "enemigo interno" de origen foráneo. La derecha articuló un campo simbólico sintetizado en la idea de la argentinidad como una nacionalidad de contenido cristiano (católico) y occidental (resumido a liberal-capitalista). La "argentinidad" así definida, era presentada como el basamento de lo "patriótico", presentado como algo que debía preservarse –para acentuar con esto una preexistencia inventada- de cualquier modo, cuando en verdad se lo estaba imponiendo.

En el ámbito de la economía, la teoría predominante fue el desarrollismo, aunque convivía y se articulaba con un liberalismo teórico que aún sobrevivía a la caída del modelo agroexportador. Es que en realidad, compartía con éste el apoyo de factores de poder locales, que nunca pasarían la frontera del capitalismo dependiente, aunque los discursos de sus técnicos y gurúes económicos pregonaran lo contrario.

Cómo resultado de esto, se impuso para ser generalizada, la idea de que el país estaba estancado en el subdesarrollo y la dependencia, por lo que era necesario -ante el atraso y la lentitud de Illia- imponer una dirección firme, rápida, que implementara aquellas soluciones técnicas, que darían lugar al progreso, entendido como desarrollo técnico-científico. El camino de acceso al poder para llevar esto a cabo, era lo que menos importaba, pasando a un segundo plano de importancia, el hecho de que el mismo tenga o no correspondencia con la forma tradicional de la democracia política burguesa. Esta no sólo era la visión de un amplio sector del poder económico y un ala de las FA, sino también de sectores políticos y sociales de clase media. El diagnóstico y la solución eran compartidos por derecha e izquierda(14), mas allá de que tuvieran respuestas de contenidos opuestos.

Como uno de los sustentos de esta visión predominante, convivían el sentimiento de una institucionalidad a medias, caracterizada por la proscripción del partido mayoritario y la tutela de las F.A. A esto, se sumaba el sentimiento de que los partidos políticos no representan a los factores reales de poder. Si Illia había intentado una alianza policlasista, lo cierto era que no tenía inserción en ninguno de los dos sectores que la constituirían: trabajadores y empresarios. Los sectores dominantes, cuya expresión es la derecha política, no han construido desde la implementación de la Ley Sáenz Peña un partido político que los represente. La alianza que llevó a Frondizi al poder no tenía otra figura aglutinante, puesto que este había fracasado. Para la burocracia sindical, la suspensión de la institucionalidad restringida, les daría tiempo para reacomodarse del revés mendocino. Por otra parte, el sector mas radicalizado del campo popular -liderado intelectualmente por Cooke- que en 1963 intentó consolidar un foco guerrillero en Salta, entendía que la insurrección popular era el camino para llevar adelante un proyecto revolucionario nacional de contenido popular. ¿Acaso no estaba el ejemplo cubano para quién quisiera verlo?

2.3. Breve caracterización del modelo de acumulación desarrollista (58-72)

La llegada de Frondizi al gobierno, en lo que es el primer intento institucional de superar la crisis de gobernabilidad

producto del golpe liberal de 1955, significó la expresión política de un nuevo bloque en el poder, cuyo proyecto fue el desarrollismo. Las bases del nuevo modelo, si bien fueron sentadas por el "radical intransigente" que no resultó ninguna de las dos cosas, podríamos decir que configuran el marco estructural del modelo de acumulación que se extenderá hasta la gestión de Celestino Rodrigo en el ministerio de economía (1975). Con este último, comenzó la implementación del modelo de valorización financiera, que provocó la destrucción del aparato productivo local, análoga a su expresión política: el terrorismo de estado, que ejecutó la brutal represión y el genocidio de la sociedad civil y política a partir del 24 de marzo de 1976.

El "desarrollismo criollo", básicamente consistió en el "desarrollo industrial" y el "perfeccionamiento del aparato productivo", al cuál se le imprimió un sesgo fuertemente concentrador, con el argumento de generar la masa de recursos que permitieran la inversión en tecnología de punta y el crecimiento de nuevas ramas de la industria(15). Pero eso sí, en el marco de la conservación de la estructura de propiedad que beneficia a los sectores agrarios dominantes y de un capitalismo dependiente. Ya desde el propio gobierno de Perón, los industriales y la oligarquía agraria si bien se disputaron la primacía en la distribución de la riqueza, coincidieron en la atracción del capital extranjero como salida conciliada.

En este período, el "desarrollismo criollo" fue producto de la alianza económica entre la burguesía industrial y el capital extranjero, en su mayoría norteamericano. Este último, en expansión por medio de la instalación de sucursales de grandes empresas transnacionales, en lugar de inversiones directas en el desarrollo de industrias locales.

Una de sus características contradictorias, fue un comportamiento económico con prescindencia del crecimiento y preservación del mercado interno en el marco de la realidad de su total usufructo, en tanto argumentaron la adopción de un perfil exportador. La industria continuó siendo prioritaria, solo que ahora volcada a la producción de bienes intermedios y de consumo durable cuya demanda no se sustentó en el consumo masivo, instalándose como ramas dinámicas la química, petroquímica y principalmente la automotriz. Todas lideradas por el capital extranjero(16). Los sectores dominantes locales, se beneficiaron en el acceso al crédito externo por la integración al circuito financiero internacional, en el potenciamiento político interno que implica "ser socios" del gran capital, y en la obtención de productos de carácter suntuario para el consumo(17).

Pero lejos de ser el resultado del ingreso de capitales, esta nueva industria fue financiada por medio del gasto público, el incremento de plusvalía en las relaciones de producción, el acceso al crédito interno en ocasiones subsidiados, la política aduanera y el consumo de los sectores de mayores ingresos. Para generar el "nuevo sector dinámico", Frondizi imprimió un nuevo rol al estado, posteriormente profundizado por Onganía, materializando una nueva distribución del ingreso. En el orden de la relación capital-trabajo, la participación de los trabajadores perdió peso relativo en la distribución de la renta con respecto al factor capital. Esto se debió principalmente, a la baja absorción de empleo en los sectores dinámicos, cuyo crecimiento implica una gran participación del capital con

respecto al factor trabajo(18), como así también al control del salario por políticas represivas. Dentro del orden del capital, la nueva distribución del ingreso implicó la traslación de recursos del sector agropecuario al empresariado industrial urbano. A su vez, dentro de este, de los pequeños y medianos empresarios de capital nacional a las grandes empresas de capital transnacional.

Las políticas frondizistas, apuntaron a favorecer a los empresarios industriales y dentro de estos al capital extranjero, con el argumento de ser el "único con posibilidades de invertir". Al independizarse la industria del consumo de las mayorías, los empresarios encontraron en el salario la principal variable de ajuste para incrementar sus utilidades. En el favoritismo instalado por las políticas frondizistas hacia el nuevo "sector dinámico", se aplicó un nuevo "proteccionismo" limitado al incremento de aranceles a la importación, que en su contexto comercial significó garantizar al gran capital el total dominio sobre un mercado protegido, constituyendo al sector dinámico en una estructura oligopólica, cuando no monopólica.

Con la finalidad de que los inversores extranjeros encontraran atractivo (rentable y seguro) invertir en el país, se suscribió el ingreso al FMI, la legislación que regulaba su desempeño en el sistema económico fue reemplazada por otra que aseguraba a tales inversiones contra posibles nacionalizaciones, se eliminaron los controles de precios y se consolidó la deuda externa con un plan para su financiación(19). El gran capital, tuvo además de estos beneficios y del acceso privilegiado al crédito interno, la libertad de remisión de fondos al exterior, obtenidos tanto en concepto de ganancia como de instalación de tecnología(20).

2.4. Cambios en la política laboral y su impacto en el mundo del trabajo.

La nueva Ley de Asociaciones Profesionales (14.455) promovida por Frondizi, tal como lo exigía el acuerdo con Perón y la burocracia sindical, tenía correspondencia con la relación capital-trabajo que instrumentó el nuevo modelo de acumulación. Tal como afirmamos párrafos arriba(21), sus consecuencias fueron el centralismo en las decisiones, producto del monopolio de la representación por rama de actividad a un sindicato y a su vez, el control total y absoluto de cada sindicato por la lista ganadora, sin representaciones minoritarias de otras líneas internas. La citada ley, facultaba al gobierno a reconocer esto, otorgando la personería jurídica a un solo sindicato por rama(22). Esto conllevó a la conducción de las negociaciones con la patronal en un ámbito decisional reducido, con el control total de la información y la discrecionalidad para comunicar a las bases. También permitió el ejercicio autocrático del poder y el disciplinamiento de los posibles cuestionadores.

La captación directa de la cuota sindical y de los aportes asistenciales por los servicios sociales recibidos por el trabajador, sumado a los aportes patronales para el gasto social, les permitió contar con grandes sumas de recursos con los cuales emprendieron una política prebendaria hacia sus bases. Además, en el marco del creciente aislamiento de sus supuestos representados, tales fortunas dieron lugar a la cristalización de la corrupción personal y el financiamiento de proyectos políticos de algunos dirigentes, en pos de los cuales recurrieron en ocasiones a prácticas gangsteriles. El

clientelismo y seudo asistencialismo político-sindical, consistente principalmente en la provisión de bienes y servicios, apuntaba a aplacar la conflictividad interna y fortalecer de este modo la estructura centralizada.

Esto, sumado al fraude electoral con la complicidad del gobierno (el ministerio de trabajo es la autoridad sobre la actividad sindical), a las purgas de activistas de base y la oposición a la conformación de comisiones gremiales internas por empresa, apuntó a impedir el surgimiento de nuevos referentes desde las bases que cuestionaran a la conducción central. En tales condiciones, resultaba muy difícil desalojar a la burocracia por la participación electoral interna, puesto que establecía y controlaba las reglas de juego ante cada instancia de designación de dirigentes. La estructura designa en un comportamiento electoral similar al de lista única y por lo tanto también elige. Los convenios celebrados en el período, convalidaron la hegemonía de la burocracia.

Pero, ¿cómo es que el poder político de turno contribuyó a fortalecer una estructura gremial centralizada que más tarde se le volvería en contra? Es que en el trasfondo de las medidas había un objetivo común con la burocracia sindical: impedir el crecimiento de los sectores más radicalizados del movimiento obrero, que podían constituirse en un obstáculo a la consolidación de la relación capital-trabajo que requería el nuevo modelo de acumulación. Entonces, ¿qué fue del núcleo duro de la resistencia? Sus espacios articulados clandestinamente al margen del plano estrictamente sindical, que quedaron relativamente a salvo del modo en que la burocracia sindical reconstituye su base de poder, fueron duramente golpeados por el plan CONINTES. Sus referentes, deben esconderse o exiliarse. John William Cooke, el padre político de la resistencia y su máximo ideólogo, se refugió participando del proceso que llevó adelante la revolución cubana, desde donde intentaba –sin éxito- persuadir a Perón, de que su vuelta significara la implementación de un proyecto revolucionario, que culminara “ la tarea pendiente” de sus primeros gobiernos(23): cambiar la estructura social argentina desde su misma raíz.

3. La burocratización del Movimiento Obrero: Vandor y el peronismo sin Perón

En este contexto, los sindicatos tenían que representar las necesidades e intereses de sus afiliados, por los cuales debían negociar con la patronal, el estado y los otros gremios no peronistas. Un segundo elemento a tener en cuenta, en el plano político, es que ante la proscripción política del peronismo, eran los únicos representantes institucionales del mismo, por lo que se abre la posibilidad de participar en la arena política, como representantes de los intereses del movimiento ante los otros actores políticos, llámese partidos, alianzas de partidos e incluso las FA cuando jugaban un rol político.

A su vez, dentro del movimiento debían negociar con otros actores, principalmente con: a) el neoperonismo, constituido por partidos provinciales y dirigentes que apuntan a ocupar el vacío político dejado por Perón ante la apertura institucional, para capitalizar sus votos; b) los hombres de Perón, aquellos que se mantenían fieles a su liderazgo dentro del movimiento y lo seguían creyendo su referente “natural”, c) el núcleo duro de la resistencia, con quienes mantuvieron una relación

ambivalente hasta finales de la década del sesenta. Entendemos que este espacio, fue parte del basamento político-intelectual del sindicalismo combativo que desplazó a la burocracia de la conducción de la CGT, en el congreso normalizador de 1968.

Para el movimiento obrero organizado, la hegemonía vandorista significó por un lado la integración del aparato sindical al sistema político institucional, lo que implicó la aceptación implícita del marco social estructural del modelo proyectado por el bloque de poder. El sindicalismo abandona la pretensión radical de transformar el orden social para acomodarse a él, asumiendo su cultura política, moviéndose dentro de sus límites. Por otro lado, en el plano sindical, significó la acentuación del proceso de burocratización, la suspensión de la democracia interna por el incremento de métodos autocráticos de control, invirtiendo la correlación de fundamentos y necesidades entre la esfera gremial y la política: el basamento de la política sindical ya no se encuentra en las necesidades de sus supuestos representados, surgidas en el plano de las relaciones de producción, en el orden del trabajo, sino que se corresponde con los intereses políticos de la conducción gremial burocratizada –particularmente Vandor- surgidos en la arena política de confrontación con otros actores, entre los cuales debemos incluir al propio Perón.

3.1. La burocracia a la ofensiva.

Para 1962, los 32 gremios democráticos que constituían la oposición a los gremios peronistas hegemonizados por el vandorismo, prácticamente habían desaparecido. En la reconstitución de la CGT de 1963, el vandorismo materializó su hegemonía: ocupó todos los gremios industriales, que eran los de mayor peso debido a que constituían la relación productiva del núcleo dinámico del modelo de acumulación, y la casi totalidad de los comités regionales. Para ganar libertad de movimiento y poder consolidar su proyecto político, Vandor deja en su lugar de conducción a un hombre de su confianza: Alonso. En el mismo año, Guido aumentó la impronta liberal que tenía en plan de estabilización ejecutado por Frondizi, y dio origen a la ofensiva vandorista para legitimarse ante sus bases. Nuevamente, la CGT en lucha para reposicionarse ante el nuevo escenario que abriría una nueva convocatoria a elecciones. El vandorismo lanzó una escalada de acciones de lucha, que incluyeron ocupaciones de fábricas en todo el sector industrial, entre 63-64.

Ante el nuevo escenario, la CGT es conducida a fortalecer su rol institucional. Vandor necesitaba fortalecer una imagen dirigencial acorde a su proyección política. Con la gestión Alonso, la CGT intentó constituirse en un actor central en los debates nacionales, editando publicaciones y creando centros de documentación y estadísticas. También incrementó sus vínculos con organizaciones obreras internacionales, hasta articuló discursos en los cuales se ponía en cuestión el “orden social vigente” y las “formas de representación liberales, democrático-burguesas”(24). Si hay algo que Vandor había aprehendido de su hasta ayer padre político, entonces enemigo soslayado, era a configurar un universo discursivo con la suficiente heterogeneidad con la que sumar vertientes opuestas, y al mismo tiempo, instalar referencias que permitan legitimar retóricamente posicionamientos y decisiones coyunturales y contradictorias. Pero eso sí: presentadas con el

énfasis y la pretensión de un discurso monolítico, escondiendo sus fisuras. Esto constituirá su política simbólica, análoga a la práctica política de lo que Daniel James ha denominado "el doble juego".

3.2. Núcleo y dinámica de la política del doble juego

La legislación laboral argentina, otorga al gobierno las facultades de control de la vida interna de los sindicatos. El ejecutivo puede a través del ministerio de trabajo, intervenir los sindicatos o quitarles la personería jurídica, ante infracciones a la legislación vigente. En nuestro caso, la ley de asociaciones profesionales. Sin personería jurídica el sindicato pierde el marco institucional de actuación, el cual le otorga legitimidad legal a su capacidad de negociar con la patronal. Tal capacidad, estará dada por la legitimidad ante sus representados, de cuya fuerza dependerá el poder de confrontación con la patronal, como así también de la posición que ocupe la rama de actividad en la que se enmarca la relación laboral, en el modelo de acumulación imperante. Un segundo aspecto de la personería jurídica, no menos importante, es que esta permite la captación de la cuota sindical y los aportes por cargas sociales, sin los cuales la estructura sindical no puede financiar sus actividades⁽²⁵⁾. Esto golpeaba en la médula de la estructura de representación clientelar que el vandomismo construyó en la relación capital-trabajo.

La ley regula los aspectos principales del funcionamiento sindical: frecuencia mínima de realización de asambleas generales, realización de elecciones, contabilidad de recursos económicos, requisitos mínimos para asumir la delegación decisonal, entre otros. El ministerio de Trabajo, si se lo propone, puede encontrar algún tipo de irregularidad, ante la que tendrá la facultad automática de intervenir o suspender personería jurídica. Esto fue uno de los aspectos que jugaron en la base del realismo pragmático que se instaló para quedarse en el MO organizado, a partir de la llegada de Vandor.

El otro aspecto del doble juego, consistía en que los sindicatos ocupaban un lugar político en la escena nacional. Proscrito el PJ y en particular su líder, constituían la única estructura institucionalizada de representación peronista. El doble juego de representar gremialmente a sus afiliados en la relación capital-trabajo, y políticamente al movimiento ante otros actores políticos y factores de poder, en el espacio ciudadano de resolución del conflicto social. Esto se ve en las elecciones de 1962 y 1965.

Del otro lado del mostrador, el gobierno interesado en el control legal de los gremios, podía chocar con el no deseado incremento de la conflictividad social, al que conduce un sindicalismo en pié de guerra, minando su poder político al afectar la actividad económica y movilizar el descontento entre sus gobernados. En la coyuntura que caracteriza al período que estamos analizando, esto tenía más gravitación en gobiernos instalados por la vía institucional, esto es por el voto popular. Por un lado, por que obviamente su acción política es más sensible al consenso que en un gobierno golpista. Por otro lado, por que los sectores más reaccionarios del bloque dominante, apelaban al golpe cada vez que el espacio institucional abierto a la "normalización de la vida cívica" dejaba de ser confiable: Esto es, dejaba que el movimiento

justicialista gane algún espacio.

De algún modo, esto le ocurrió a Frondizi con la elección de gobernadores y también a Illia. Este último, en marzo de 1966 modificó por decreto la Ley de Asociaciones Profesionales, reintroduciendo aquellas disposiciones quitadas por Frondizi, que otorgaban mayor democracia interna a los gremios, como así también debilitando la capacidad financiera de las burocracias sindicales, que se ven limitadas en el financiamiento de sus actividades de legitimación política.

El "doble juego" vandorista, como era de esperar, instaló dentro del movimiento un conflicto con Perón. Como hemos dicho, Vandor intentó capitalizar la ausencia del líder a su favor, para convertirse en su reemplazante. Es decir, el destinatario del enorme caudal de votos que el PJ mantenía a pesar de su proscripción, y de este modo cimentar su acceso al poder político. Esto no significaba la construcción de un partido obrero de corte laborista y mucho menos clasista, puesto que no se correspondía con una redefinición del movimiento peronista, que apuntase a la revalorización del sujeto colectivo que el discurso instalaba como destinatario de su doctrina y la realidad práctica del movimiento relativizaba en función de las coyunturas políticas. Por el contrario, era el mero proyecto de un burócrata corporativista, personal en principio y sectorial en posteriores adhesiones, que jugaba espontáneamente -con cierta habilidad- en la complejidad del acontecer político-social para conquistar los espacios de poder dentro del movimiento. Juego en doble sentido: dentro del movimiento, constituyendo acercamientos ocasionales con actores externos al mismo, para posicionarse como el interlocutor válido ante los sectores de poder; fuera del movimiento, fortaleciéndose al usufructuar su posición hegemónica dentro del movimiento obrero organizado, en particular, el aparato sindical peronista. Su estrategia fue representar la decisión del movimiento legitimada por Perón, en principio, para ampliar el margen de independencia y sustituirlo en el ámbito decisional, en un segundo momento.

Como muestra del primer aspecto (liderar la decisión del movimiento legitimada por Perón), fue el actor central en la campaña que en 1962 llevó al peronismo al gran papel electoral. Como muestra de lo segundo (autonomía para la sustitución), su comportamiento en la elección de 1965, donde lleva al peronismo a la victoria en las elecciones legislativas acordando fórmulas con el neoperonismo, en una campaña que comparte con la anterior que el eje de la misma es la estructura sindical y concluye con un hombre de su entorno encabezando el bloque del PJ en el congreso.

Hijos de su hegemonía, resultaron una camada de dirigentes a los cuales el sindicalismo combativo de base denominará "dialoguistas" o "colaboracionistas", que ocuparán la conducción de la CGT: Alonso, Coria, Taccone, ante los cuales Perón apoyará a las incipientes conducciones de base, que guardaban continuidad político cultural con el proyecto de la resistencia, ganando la partida.

El límite último de su doble juego, estaba en la necesidad de contar con la referencia de Perón para legitimarse ante sus bases, en el marco de un modelo de acumulación que invirtió el signo expansivo en el ámbito de las conquistas laborales y sociales obtenidas. Al mismo tiempo, su capacidad de movilizar en el nombre de Perón era importante a la hora de presionar al gobierno de turno. Las líneas de contenido gremial y político, se desdibujaban y se retroalimentaban todo el tiempo. Las FA

debían asumir al aparato sindical como un factor más con quién negociar. Pero en términos generales, su poder de negociación dependía más de su papel de “representantes de Perón” ante las masas que de su actividad sindical como líder del MO: Perón era la fuente última de su construcción de poder y éste lo supo leer ganando la partida. Cuando el vanguardismo quiso ir demasiado lejos con su independencia del líder, este les marcó el límite tal como ocurrió en las citadas elecciones en Mendoza.

4. El Movimiento Obrero en la coyuntura de la restauración autoritaria.

En el contexto del agitado panorama político interno, complejizado por la variedad de actores en pugna, para 1966 el modelo de acumulación desarrollista sólo podía continuar bajo una dictadura: Onganía. Su régimen instaló la articulación de dos ejes de problemáticas. Por un lado, la restauración ideológica de las jerarquías sociales para cerrar la crisis del sistema social y político(26). Esto era entendido, como la suspensión de la política y la represión de sus manifestaciones en diversas instancias del orden social. En particular, se trataba de controlar a los dos actores colectivos más radicalizados: el movimiento obrero y el movimiento estudiantil. Por otro lado, una reformulación del modelo de acumulación a partir de postular la modernización económica como el resultado de la suspensión de la política.

Para su legitimación, los mentores del golpe le adjudicaban tres motivos básicos, los cuales deben ser contextualizados en el marco general del plano de las ideas, tal como lo hemos sugerido(27). Estos motivos eran, 1) Terminar con la legalidad falaz en tanto las fuerzas políticas no representan a los factores reales de poder, 2) modernizar el país en el corto plazo, imponiendo con firmeza un programa de gobierno “sustentable”, 3) Illia era visto como un populista peligroso por que daba lugar al avance del comunismo, en un momento donde la resistencia resignifica el peronismo bajo la influencia de la revolución cubana.

En su basamento doctrinal, el onganiano articuló dos mitos: aquel de connotación positiva, que postulaba a la Argentina como un país rico, con un destino prescrito de grandeza, con otro de connotación negativa, por el cuál aquel país próspero presentaba el inconveniente de ser políticamente inviable, esto era: “indecible”. La respuesta para su desarrollo, debía surgir por conclusión necesaria a partir de volverlo políticamente “decidible”. Para esto “se necesitaba” de un poder fuerte, que “impusiera el desarrollo”. A diferencia de las dictaduras anteriores, a partir de Onganía poder del estado es un objetivo militar, en este caso con el argumento de instrumentar la modernización(28).

Entre las acciones llevadas a cabo por el régimen, orientadas a la represión del movimiento estudiantil, la principal fue la quita de la autonomía a las Universidades Públicas, tras su violación en la denominada “noche de los bastones largos”, las cuales pasaron depender directamente del Ministerio del Interior. Esto permitió adoptar como política de estado la persecución a docentes y alumnos, con el fin de combatir toda idea o práctica que apoye, legitime, o simplemente no se oponga al cambio del orden social, a partir de inscribirlas en el concepto represivo de “infiltración marxista”, impuesto por la “doctrina de seguridad nacional”(29). La abolición del estatuto de la reforma permitió

centralizar el control interno en las Universidades.

Con respecto al movimiento obrero, como veremos enseguida, el régimen articuló un nuevo marco legal que obligaba a la patronal y los gremios a someterse al arbitraje del PEN ante los conflictos en el trabajo, con la directa intervención de los sindicatos y la amenaza de la quita de la personería jurídica. Uno de los principales motivos de conflicto con el MO, tuvo lugar en el marco de la instrumentación de las reformas eficientistas promovidas por el onganato, afectando principalmente a los trabajadores del sector azucarero y a los trabajadores de los servicios públicos(30).

Con la retórica de un desarrollo "despolitizado", el régimen buscaba legitimar sus decisiones en política económica, el proyecto de los sectores dominantes, como "las puras y convenientes medidas para el desarrollo de la nación", y ya no las medidas de un sector, un partido, o una ideología. Otro cambio importante en el bloque de poder, es la connivencia entre el régimen y los industriales en torno al proyecto que, paradójicamente, excluía a estos últimos (institucionalmente la UIA) de la formulación de la política económica.

El acercamiento entre los industriales y esta línea de las FA, quedó explicitado en el hecho de que los militares abandonan el papel de "árbitro político" de la correlación de fuerzas - definiéndola a favor de los sectores dominantes-, a ser socios directos del capital. Es decir, pasan a ocupar cargos en las empresas, por lo tanto orientan las decisiones en política económica aún más en favor de las mismas. Esto se patentizó en el plan económico implementado por Krieger Vasena: reinstaló el incremento en la explotación de la fuerza de trabajo para incrementar el excedente (congelamiento de salarios, suspensión de negociaciones colectivas), orientó el crédito interno y la obra pública a favor de los grandes industriales, dando nuevo impulso a la concentración y disminuyendo el MI, estableció la inversión libre para el capital transnacional (invierte donde quiere) por lo que se orientó hacia las empresas de mayor productividad, justamente las que menos necesitan de inversiones, acelerando el proceso de desnacionalización y concentración del aparato productivo(31).

4.1. Repercusiones en el mundo del trabajo: La suspensión del doble juego

La estructura gremial burocratizada, se encontró entre los sectores que apoyaron el golpe. Entre los motivos que tuvieron para hacerlo, cabe señalar la antipatía por Illia, al cual pasan a ver, por sus intentos de regulación de la actividad gremial, como alguien hostil a sus intereses, además de un gobernante ilegítimo recordándole el contexto electoral en el que llegó al poder. Un segundo motivo para apoyar el golpe, fue que compartían la visión del orden de prioridades con algunos de sus mentores ideológicos, por lo que entendían que sus contactos les asegurarían un lugar en el plano decisorio. Un tercer motivo, fue la equivocada lectura de que la suspensión de la institucionalidad restringida, les posibilitaría reposicionarse políticamente en el movimiento, al reducir el margen político de maniobra de Perón(32). Esto debe leerse en el contexto del revés electoral sufrido en Mendoza, ante el impresentable representante del caudillo exiliado.

Pero al poco tiempo vieron sus errores de cálculo. El onganato emprendió con dureza la racionalización de la economía a costa del estado, y dentro de éste, tomando como variable de ajuste

al factor trabajo. La implementación de una política del control del salario, caracterizada por su congelamiento, la suspensión de los convenios colectivos y la represión de las huelgas y manifestaciones obreras, tuvo lugar en el marco general de la suspensión de la actividad y organización política. Esto lejos de privilegiar, puso límites a la estructura sindical burocratizada, puesto que suspendió los dos requerimientos básicos que necesitaba la estrategia vandorista para poder desplegarse: el funcionamiento del sistema político y la celebración de convenios colectivos. El gran error de cálculo de los burócratas, estuvo en no evaluar que su fuente de poder requería un contexto de institucionalidad mínima donde la actividad gremial pudiese desarrollarse, un gobierno débil y por esto sensible al incremento de conflictividad interna, y adversarios políticos divididos con los cuales negociar por separado. Onganía terminó con estas condiciones, al menos en principio.

Cómo si esto fuera poco, ante la adopción de una actitud defensiva por parte del vandorismo, asomó a disputar la conducción del MO una nueva generación de dirigentes surgidos desde las bases. La nueva vertiente de corte clasista, que se venía gestando en los sectores dinámicos de la economía, instalaba a los burócratas como destinatarios de sus críticas, colocándolos junto al gobierno y la patronal como los enemigos del pueblo, deslegitimándolos ante sus supuestos representados. Estas conducciones, recurrieron como táctica a la resistencia frontal, encontrando basamento doctrinal en la cultura "tradicional" peronista, redefinida por la cultura de la resistencia: "oponerse a los regímenes militares gorilas", desde 1955. Estos sindicatos resultarán reconocidos por sus bases y se imponen en el congreso normalizador de 1968.

Si en comienzo de su gestión Onganía avanzó sobre la burocracia, en 1967 el vandorismo decidió retomar la iniciativa para reposicionarse y lanzó un paro nacional contra las medidas dictadas por Vasena. En el marco de la racionalización productiva, fueron cesanteados trabajadores del sector público, principalmente en ferrocarriles y puertos(33). Aunque uno de los principales frentes de conflicto en el plano laboral, en este período de racionalización, lo constituyó el sector azucarero tucumano, cuyos trabajadores nucleados en la FOTIA, emprendieron diversos paros que llegaron a incluir tomas de ingenios, manifestaciones y cortes de rutas(34).

Onganía, pasó a recordarle al vandorismo el fin del doble juego y apeló a la intervención de los sindicatos. Si bien no llegó a quitarles la personería a los gremios, la amenaza fue inminente, y dictó una ley por la cual los obligaba a someterse –junto con la patronal- al arbitraje del PE ante los conflictos surgidos en la relación capital-trabajo(35).

El dilema de los burócratas quedaba así planteado: si se resistían a la avanzada del régimen corrían el riesgo de desaparecer institucionalmente, si no lo hacían se deslegitimaban ante sus representados y ganaban espacios las nuevas vertientes críticas, ante el avance del modelo desarrollista concentrador sobre el MO. Esto daba por tierra con la dinámica de funcionamiento gremial instalada desde 1955: golpear-negociar(36).

4.2. Nueva división en el Movimiento Obrero organizado

La burocracia sindical se encontraba dividida en las "62 Organizaciones" vandorista, colaboracionista, y las "62 de Pie", conducida en principio por Alonso, un hombre salido del

vandorismo pero luego alineado por Perón, quienes adoptaron cierta oposición al régimen, pero sin levantar a los trabajadores en su contra. Ambas eran denunciadas por los recientes gremios combativos ante sus bases. Por lo tanto, ésta era en verdad la verdadera división del MO que se reflejó en el congreso normalizador de 1968. En el mismo, ganó la conducción oficial de la Confederación General del Trabajo, la CGT los argentinos (CGTA) o CGT paseo Colón, con la conducción de Raidmundo Ongaro y Agustín Tosco. El vandorismo se retiró en minoría y dividió al MO organizado, con la formación de una CGT paralela autodenominada CGT Azopardo.

El MO dividido dio más margen de acción al régimen, el cual desde su línea retórica "despolitizada" y "desideologizada", ubicó a las huelgas como acciones rupturistas contra el Estado garante de la concordia social, y ya no como manifestaciones en oposición al ejercicio del gobierno. Con este argumento, se legitimó la recurrencia a las FA para la represión del conflicto interno.

La CGTA constituyó la columna vertebral de la oposición al régimen en el MO organizado. Si el vandorismo significó la asunción de una visión corporativista en el MO, a partir de la cuál los sindicatos intervienen en el conflicto desde la premisa de que deben acordar con el gobierno en el marco del orden socioeconómico vigente, para instalarse como un factor de poder con el cuál se impone negociar para poder gobernar, de la CGTA deberíamos concluir todo lo contrario. Conformada por aquellos gremios que más sufrieron la represión golpista, tanto por la implementación de las medidas económicas como por las intervenciones militares y las suspensiones de la personería jurídica, adoptó la consigna de no negociar, oponiéndose frontalmente(37). En su praxis de confrontación, forjada en el seno de la relación capital-trabajo, reaccionaron contra la patronal en principio, pero también contra el gobierno y la burocracia gremial expresada por el vandorismo.

4.3. Renacimiento del Movimiento Obrero radicalizado.

Aquellos gremios nucleados en el CGTA, se concentraban en los sectores dinámicos de la economía instalados a partir del gobierno de Frondizi: química, petroquímica, fabricación de vehículos, siderúrgica. Como hemos visto(38), Frondizi había permitido el establecimiento de sindicatos por empresa en estas industrias para debilitar al aparato sindical, aunque en el inicio de su gobierno los controlaba con la propia cúpula de la burocracia sindical, por medio de la Ley de Asociaciones Profesionales (LAP). En otros casos, Frondizi otorgaba la representación gremial a sindicatos nacionales ya existentes pero más débiles, para condicionar el crecimiento de la burocracia.

Como ejemplo de esto último, en el sector automotriz los derechos gremiales fueron para SMATA, inicialmente pequeño gremio de mecánicos de estaciones de servicio en contra de la UOM de Vandor. Este mismo sector tenía una particularidad importante: podía celebrar convenios por empresa, lo que socavaba el sistema de contratos colectivos por rama de actividad, previsto en la LAP. Es decir que, como contracara de la LAP el gobierno frondizista promovió después la descentralización de las negociaciones colectivas y la instrumentación del sindicato por empresa en las ramas dinámicas, para limitar a la estructura sindical hegemónica(39).

Con esto apuntaba a crear una representación gremial incipiente que, limitada al mundo del trabajo e inserta en el sector que pagaba los salarios más elevados y sin vínculos de trascendencia en el plano político, resultara más dócil. El poder político debía garantizar cierta armonía en la relación capital-trabajo, inserta en el núcleo productivo del modelo que pretendía implementar: el desarrollismo concentrador.

Durante la década de creación de estas industrias, la estrategia dio sus frutos. Desde Frondizi hasta el inicio de la dictadura de Onganía ese sector se mantuvo relativamente al margen de la protesta vehiculizada por la principal corriente sindical nacional: el vanderismo. Las empresas de este sector, accedían a garantizar la estabilidad laboral y a pagar salarios por encima de la media, puesto que la participación del trabajo igual seguía siendo minoritaria en proporción al capital. Dicho de otro modo, la rentabilidad no se veía afectada y se garantizaba una mano de obra eficiente y dócil, que por supuesto, también hacía a la rentabilidad. Los permisos para establecer sindicatos por empresas y convenios por empresas fueron ratificados por Frondizi e Illia, como contrapeso al doble juego vanderista(40). Como característica de localización geográfica de este sector gremial, cabe decir que el mismo es un fenómeno del interior del país. Sus gremios más fuertes se localizan en Córdoba, en las plantas Fiat, donde resurgió el sindicalismo de corte clasista en los gremios SITRAC (sindicatos de Trabajadores de Concord) y SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Materfer). Otro gremio nuclear era el de Luz y Fuerza, conducido por uno de los grandes referentes del sindicalismo combativo, Agustín Tosco. También debemos citar a los gremios constituidos por los trabajadores de Ika-Renault. Por supuesto que tendrán sus repercusiones en los obreros de otras estructuras gremiales, como es el caso de los trabajadores de la Federación Gráfica, que aportarán a su máximo dirigente a la conducción de la nueva central: Raidmundo Ongaro.

A partir de la gesta popular del Cordobazo (1969), se volvió políticamente visible la consecuencia imprevista que las reformas para dividir al MO tuvieron a largo plazo. El traslado del ámbito de negociación al nivel de cada empresa, fortaleció la capacidad de reacción de los trabajadores sobre la patronal y aumentó el control de las bases sobre sus representantes sindicales. Desde entonces, las consecuencias de sus acciones de reclamo se dieron en el mismo ámbito de actuación laboral. Ya no se accionaba contra una estructura deslocalizada, que volvía a la representación una delegación unidireccional, instalada en otra instancia. Una de sus principales consecuencias, fue el fortalecimiento político-gremial de los nuevos dirigentes hacia adentro del MO organizado. Los cuales reinstalaron con su praxis gremial, la ética fundada en la relación de trabajo, caracterizada por la honestidad económica y política, la combatividad y la democracia interna tanto en la designación de la representación como de la toma de decisiones. Los nuevos actores gremiales, radicalizaron la lucha del MO trascendiendo incluso el ámbito del mundo del trabajo, puesto que se articularon con otros actores sociales y políticos.

En esto tenía una gran incidencia, la ubicación geográfico-urbana que el espacio laboral que los contenía encontraba en el ámbito más amplio de la comunidad. Puesto que en Bs. As la fábrica no ocupa un lugar central en la geografía urbana, sino que más bien se corresponde con la periferia, los conflictos surgidos en el seno de la relación capital-trabajo no

se vinculaban necesariamente con el resto de la comunidad. Otra característica importante, era que en la capital la burocracia gremial tenía montado el centro de su estructura, por lo tanto nunca hubiese permitido el surgimiento de una representación que escapase a ser subordinada bajo sus dictados.

En los nuevos establecimientos industriales del interior, en cambio, la fábrica ocupaba un lugar central en la vida urbana, puesto que en torno a la misma se extendía la ciudad en forma de barrios obreros. Fábrica y barrio se daban en el mismo espacio, adquiriendo una continuidad vital. De este modo, el conflicto surgido en la relación capital-trabajo trascendía el ámbito de la fábrica y se instalaba en el ámbito barrial, comunitario, adquiriendo la fuerza de una protesta generalizada, que articulaba diferentes actores sociales. Pero también las proclamas y necesidades comunitarias, que derivaban en acciones de movilización y reclamo, tenían su incidencia en el seno mismo de la relación capital-trabajo: el reclamo por insumos para un hospital o de alimentos para el comedor barrial, podían ser motivo de un paro de actividades laborales. No por casualidad, los vínculos reales entre obreros y estudiantes, como así también con sectores de la iglesia por el cambio, y otros actores como sectores del movimiento guerrillero, se vieron materializados en las protestas del interior, principalmente en el Cordobazo y el Vivorazo.

4.4. Agudización del conflicto y articulación con otros actores

Hacia fines de la década del sesenta, el desarrollismo como proyecto hegemónico estaba agotado. Como conclusión del período, podríamos decir que las empresas que supuestamente capitalizarían la economía contribuyeron a descapitalizarla. Desde mediados de la década del 60 los egresos en concepto de utilidades e intereses, superaban los ingresos por inversiones directas y los ingresos por exportaciones del sector eran mínimos. A esto se sumaba que el "desarrollo industrial" aumentaba las importaciones de bienes de capital e insumos. La conjugación de estos factores, volvía la balanza comercial deficitaria. El crecimiento macroeconómico, se debió al aumento de la productividad sobre la base del estancamiento o la baja de la absorción del empleo y la caída relativa del salario(41).

Otro de los grandes fracasos, fue que la inversión no vino en los términos en que lo prometía la retórica de sus ideólogos locales y externos, a pesar de las facilidades y seguridades otorgadas al capital transnacional. Pero además, la poca que ingresó se orientó a los sectores que menos la necesitaban, aquellos de alta productividad y que contaban con infraestructura suficiente como para obtener una mayor rentabilidad. El 79% de los recursos utilizados por el capital transnacional, fueron aportados por el crédito interno del sistema económico que supuestamente venían a desarrollar(42).

Entre los perjudicados, también debemos situar a las PYMES, las cuales fueron duramente afectadas por la concentración del capital y el mercado, como así también por la contracción del mercado interno al que estas se dirigían, la política crediticia a favor del gran capital y la política monetaria. Expresión de esta última fue la devaluación del peso, que contribuyó a aumentar el poder de compra del capital transnacional, mientras bajó sus costos productivos abonados en moneda local, principalmente

el de mano de obra(43).

La conjunción de la dinámica propia del modelo de acumulación, con la dinámica política de conflicto complejizada por la irrupción y articulación de nuevos actores, marcaron el principio del fin del onganato. La incapacidad político-operativa del hasta ayer garante del “nuevo desarrollo”, no hizo más que sumar una pluralidad de actores en su contra. Los estudiantes y sectores universitarios en general, reaccionaron ahogados por la militarización de la vida académica y el control represivo-moralista de los espacios públicos. Los sectores juveniles en general, estudiantes y trabajadores, se radicalizaban en un contexto que se actualizaba con la creciente influencia del proceso cubano, y la síntesis con nuevos procesos significantes.

Entre estos últimos, cabe destacar: el mayo francés (1968), la oposición a la guerra de Vietnam por el pueblo norteamericano y la posterior derrota de su gobierno, la valorización de la libertad de expresión y liberación sexual entre otros valores sugeridos por una incipiente cultura contestataria dentro del bloque occidental. En el ámbito de la religión católica, el surgimiento en Latinoamérica de una iglesia comprometida socialmente, que se pronunciará a favor de los pobres que son además los oprimidos, y encuentran en tal terrena condición la legitimación para revelarse contra la opresión, incluso contestando con violencia a la violencia.

Volviendo al ámbito local, debemos destacar además, la radicalización del MO organizado en una incipiente estructura gremial que colocaba dirigentes combativos a la cabeza de la protesta. La Confederación General Empresaria (CGE) dentro de la cuál se nuclean las PYMES, que reaccionaron ante las citadas consecuencias del “desarrollismo” concentrador. Inclusive la política financiera abrió un frente de conflicto con los Fondos cooperativos y la banca pública, que reaccionaron ante el avance de los bancos extranjeros. En el ámbito de la religión, el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, encontraba en el evangelio respuestas a las preguntas que genera la opresión, invirtiendo el contenido del discurso sostenido por la cúpula eclesíastica, y articulándolo con prácticas en las instancias barriales. La CGT burocratizada, se sumó cuando la suerte del general ya estaba echada.

Si el Cordobazo, significó el quiebre de la mano firme que “garantizaba la gobernabilidad y la paz pública” para el bloque dominante, también instaló en los sectores populares la conciencia de su fuerza colectiva. El ajusticiamiento de Aramburu(44) por la juventud armada nucleada en Montoneros, terminó con el poco crédito que le quedaba a Onganía ante el bloque en el poder, particularmente dentro de las propias FA.

4.5. CGTA: Con Perón contra Perón.

La CGTA, presentaba como características distintivas de su antiburocratismo el llamado a la acción directa, la democratización del ámbito decisorio y de la información, la articulación con otros actores sociales y políticos, la vinculación del conflicto capital-trabajo con el contexto de desigualdad en el orden comunitario. Su acción se dirigió contra la patronal, el gobierno y la burocracia sindical marcada a fuego por el vandorismo, con una impronta que sobrevivió a la muerte de su artífice, el propio Vandor, y que en nuestra opinión cristalizó prácticas que aún perduran en el MO. Desde su posicionamiento político-gremial, la CGTA articuló un discurso y

una práctica que encuentran su origen en la resignificación que se hizo del peronismo como movimiento obrero desde la cultura de la resistencia, posteriormente enriquecidos con nuevos aportes de corte clasista, apropiados en el marco de su vinculación con el creciente campo de las izquierdas.

Por lo anterior, la nueva central se va a caracterizar por la aceptación en altos cargos de conducción, de ciertos dirigentes que no provenían del peronismo ni se reconocían peronistas, los cuales eran portadores de una visión clasista de corte rupturista en la relación capital-trabajo, que por supuesto tenía sus consecuencias en el modo de conducción de la lucha obrera. Las bases los apoyaban a partir de reconocer en ellos la autenticidad de su representación, por la honestidad, combatividad y constante presencia en el espacio laboral, incluso en aquellos gremios de filiación política mayoritariamente peronista. Entre estos referentes, se destacaron Agustín Tosco (Luz y Fuerza), René Salamanca SMATA, Alberto Piccinini.

La política sindical adoptada por la CGTA, trascendía el plano del reclamo salarial y la mejora en las condiciones de trabajo, cuestionando en ocasiones la propia autoridad empresarial. En una visión que complejizaba el mundo del trabajo, la autoridad empresarial o gubernamental era atacada por reivindicaciones que pedían un mayor control obrero de la producción, expresado no solo en la racionalización del trabajo sino también en la participación en sus objetivos. De tal modo, que los delegados gremiales enfrentaban a los jefes de las fábricas, cuando estos pretendían imponer directivas que atentaran contra la calidad del trabajo en la planta⁽⁴⁵⁾.

Si en este trabajo, sostenemos que este nuevo sindicalismo implicaba de algún modo la reconciliación del MO organizado con sus orígenes, la expresión más cabal en ese sentido dentro del CGTA la constituye el ala clasista. Desde el clasismo, el sindicalismo adquiere la connotación de convertirse en un sindicalismo de liberación. Estos sectores, que surgen con fuerza en el período 69-73 son la expresión de un sindicalismo no dominado por el peronismo. Sus dirigentes pertenecen al campo político-cultural de las izquierdas y surgen como referentes en la lucha obrera, reconocidos por sus bases, tal como sostenemos párrafos arriba. Agustín Tosco (Luz y Fuerza), René Salamanca (SMATA).

Parten de identificar al MO, como El sujeto colectivo capaz de materializar la superación del capitalismo mediante la implementación de una sociedad socialista, expresada en la nacionalización de los medios productivos y su colectivización bajo control obrero. Esto suponía el reconocimiento de la naturaleza antagónica, irreconciliable, entre los intereses de la clase obrera y el de los empresarios. El gremialismo tenía la función política de ser el espacio donde se forjaría la conciencia obrera para su batalla contra la patronal y contra el estado cuyos intereses representaba. La ética forjada en la relación capital-trabajo, constituía el basamento de la política que debía continuarse en el orden comunitario, para producir la transformación estructural del orden social. Esto último, sumado a la desperonización⁽⁴⁶⁾ de su estructura y al contenido del cambio social (revolución socialista), son elementos que entendemos reencuentran al movimiento obrero con sus orígenes.

Pero claro, tal reencuentro tenía lugar en un momento histórico donde el peronismo no solo ya había gobernado bajo la

implementación de un modelo inclusivo y la reconfiguración político cultural del MO, sino que incluía una pluralidad de actores en disputa y su líder radicalizaba el discurso para elevar el grado de conflictividad interna. En este contexto, Perón apoyó en un principio a la CGTA, particularmente a la línea de Raidmundo Ongaro, para volver a subordinar bajo sus directivas a la burocracia sindical representada por la CGT Azopardo. A estos, el doble juego les había generado problemas de representatividad ante sus bases, fisuras por donde el antiburocratismo, la democracia interna, la participación directa, entre otras virtudes que reunía el proyecto sindical del CGTA, irrumpía materializando una práctica alternativa que los excluía como sus legítimos conductores.

Aunque el núcleo del clasismo se resistía a ser parte del campo político-cultural que abarcaba el peronismo, incluso de aquel sector del movimiento que pertenecía además al campo de las izquierdas, la conducción del CGTA representada por Ongaro participó de la resignificación que se hacía del peronismo, con la finalidad de ampliar su estructura gremial -no peronizada- en un campo obrero que continuaba mayormente peronizado(47). Es que en este punto radicaba la limitación principal del clasismo: las exigencias de corte rupturista con el orden social vigente encaminadas a la instauración de una sociedad socialista, no se correspondían con las expectativas de sus bases(48). Si estos los acompañaron en el proceso de depuración gremial en el ámbito del trabajo, se debió a sus cualidades personales y dirigenciales ya señaladas, enmarcadas en este espacio. Mas allá de la frontera del trabajo, cuando las exigencias dirigenciales arremetieron contra el orden social como un todo, las bases no estuvieron dispuestas a seguirlos. Sus exigencias se limitaban a un mejoramiento en las condiciones laborales y existenciales en el marco de un capitalismo dependiente. No tan solo en la filiación política, sino en el horizonte último del cambio se imponía la peronización del MO.

5. Movimiento Obrero en la pulseada Lanusse-Perón

Ante la caída de Onganía por las reacciones sociales y políticas, la cúpula militar se proponía, con la llegada de Levingston, disminuir el alto grado de conflictividad interna. Las medidas en ese sentido fueron: la normalización de la CGT con elección de nuevas autoridades, el inicio del diálogo con las fuerzas políticas para iniciar el proceso de apertura institucional y el endurecimiento de la represión del conflicto en el interior, particularmente en Córdoba. Esto último, desencadenó la segunda reacción popular de envergadura conocida como el Vivorazo, dando por tierra con la confiabilidad hacia Levingston por parte del bloque en el poder, motivo por el cuál fue reemplazado por Lanusse, en 1971.

El creciente caos social y el incremento de las acciones guerrilleras, llevaron a los militares a proponerse con Lanusse el retorno a la institucionalidad. Pero no entendida como "el libre juego de los partidos", sino tratando de legitimar electoralmente el proyecto político del nuevo bloque en el poder, el cuál se había reconfigurado ante el agotamiento del modelo desarrollista, dando mas peso a la oligarquía agrícola ganadera. La solución que encontraron, fue un escenario electoral orquestado por el Gran Acuerdo Nacional (GAN) que les permitiera mantenerse en el poder legitimados por el voto

popular(49).

El GAN, consistía básicamente en la concreción de una alianza de fuerzas políticas bajo la candidatura de Lanusse. Adoptando la idea vandonista de un peronismo sin Perón, e incluyendo a sectores del movimiento en un acuerdo de pacificación nacional que desactivara la reacción colectiva del MO, articulado a la guerrilla. La "pata peronista" del GAN, que en tal contexto implicaba la base social, la daría la burocracia sindical, que era blanco de la acción violenta de los sectores radicales del movimiento al igual que los militares y empresarios. A cambio, el régimen les ofrecía -además de la seguridad personal a sus dirigentes- un mayor espacio político materializado por nuevos acuerdos laborales, para que recuperaran la credibilidad ante sus bases con el fin de debilitar a la estructura clasista. Pero la miopía política de Lanusse, quedó evidenciada en la jugada de Perón para desestabilizar al régimen, provocando el fracaso del GAN.

Ante el GAN, Perón adoptó la contra estrategia de canalizar a su favor la crisis social y política, apoyando desde el exilio a los sectores más radicalizados del movimiento(50). Esto se dio incluso, capitalizando a su favor las acciones de grupos guerrilleros y sindicales que no solo no respondían a su proyecto sino que en algunos casos (ERP) lo veían antagónico. Es que dentro del campo popular radicalizado, estaba ocurriendo un fenómeno político e ideológico que gravitaría en el desenlace del proceso: la peronización del campo de izquierdas, materializada en el crecimiento vertiginoso de Montoneros. A partir del hecho simbólico del ajusticiamiento de Aramburu, la JP-Montoneros no paró de incrementar sus bases, transformándose en la organización político-militar hegemónica dentro de la guerrilla (FAP, FAR, Descamisados), como así también en una de las organizaciones de masas radicalizadas en torno al cambio estructural más numerosas del continente(51).

En este contexto, Perón robó palabras de Cooke y enunció el "Trasvasamiento Generacional", legitimando la lucha armada como parte de una estrategia de acceso al poder por parte del pueblo, en la secuencia: primero guerra revolucionaria, luego insurrección popular, finalmente institucionalización del poder popular. Si en su primer gobierno peronizó un movimiento obrero que lo precedía, en esta etapa debía peronizar el campo de la resistencia y las izquierdas para generar la llave de su vuelta al poder, instalándose como el único garante de la gobernabilidad. La consecuencia de esta estrategia en el interior del movimiento, fue la montonerización del mismo entre 1971 y 1973, en sus organizaciones políticas, guerrilleras, barriales, estudiantiles y gremiales(52).

Los militares, también equivocaron el resultado político de la "restauración de la vida cívica": cualquier apertura política sería capitalizada por Perón, mas que por los burócratas o cualquier otro actor dentro del movimiento, en un contexto donde el PJ continuaba siendo la fuerza política electoralmente mayoritaria, sumando por izquierda y por derecha. Esto jugó en contra de los burócratas en su disputa interna con el líder por espacios de poder. La institucionalidad restringida reinstalaba el doble juego, pero esta vez, Perón participaba directamente y esto los subordinaba políticamente: vandonismo sin Vandon fue la respuesta política del líder próximo a romper con el exilio. Muerto Vandon, los burócratas son conducidos por el nuevo secretario de la CGT, Rucci, hombre bajo acatamiento de lo

dispuesto por Perón. Con el "Petiso" la CGT se terminó de subordinar a sus necesidades políticas.

Pero no solo en el plano político, los militares equivocaron el supuesto de que podían capitalizar a su favor la base social del peronismo, mediante un acuerdo con la burocracia sindical. Puesto que a fines de subordinarla a sus necesidades, en la relación capital trabajo no sólo no se decidieron a fortalecerla, sino que por el contrario la continuaron limitando con la eliminación de las negociaciones colectivas irrestrictas(53). Esto impidió que aumentaran su hegemonía sobre las bases, y los instalara como los negociadores privilegiados con el gobierno golpista. Los sectores radicalizados, no sólo que no les respondían sino que además los combatían.

5.1. Renacimiento de la burocracia. El Pacto Social y el giro de Perón: vandorismo sin Vandor

La sensación de vulnerabilidad de la burocracia, en el marco del GAN, se daba por la irrupción de nuevos actores dentro y fuera del movimiento peronista: las juventudes radicalizadas, que comenzando con Vandor y continuando con Alonso, iniciaron una campaña selectiva de ajusticiamiento de traidores al MO. La violencia política tenía la finalidad de condicionar y direccionar el proceso político hacia un cambio radical de corte revolucionario. Para aquellas organizaciones que participaban del campo de las izquierdas peronizadas, se sumaba además la intención de modificar la perspectiva del propio Perón, con fines a llevarlo a encabezar un programa de cambio radical.

Por su parte, Perón entendió que estas juventudes marcaban la dinámica de la crisis política y fueron su principal carta para mostrar la potencialidad desestabilizadora del movimiento, si no se le permitía el regreso. Por esto, a diferencia de las elecciones de 1962 y 1965 cuando la burocracia impuso sus candidatos, en la emblemática elección de 1973, que significó la vuelta del peronismo al poder con la candidatura de Héctor Cámpora, no pudieron imponer ni una sola figura gremial salida de sus filas, ya sea para candidato a gobernador como para otros puestos claves. Los cargos y la organización de la campaña estaban ahora en manos de la "Juventud Gloriosa" que los ponía como blanco de sus ataques, junto a los militares(54).

La llegada de Cámpora al poder, simbolizó la materialización de la montonerización de la conducción del movimiento, en un contexto de incremento de la violencia política. También la cristalización de dos proyectos antagónicos, resumidos como la "Patria Peronista" y "Patria Socialista". El nudo de la cuestión durante la gestión del "Tío", estaba en la aceptación del proyecto de Perón para consolidar un bloque de poder que le permitiera volver a la presidencia, con el control político del proceso. Tal proyecto, denominado "Pacto Social", era rechazado por los sectores más radicalizados, en particular las organizaciones armadas y el sindicalismo clasista(55).

Paradójicamente, para el peronismo ahora en el poder el principal problema de fondo era la causa que le había posibilitado el retorno: la amplia movilización social, que desbordaba los canales institucionales existentes, e involucraban una diversidad de actores que no respondían a una conducción unificada. La constante combinación de acciones de petición ante las nuevas autoridades, con la acción directa sobre las realidades instaladas como problemáticas, que derivaban en tomas de hospitales, escuelas, fábricas, actos de

guerrilla urbana, condicionaban el arco de decisiones políticas al nuevo gobierno.

A partir de los sucesos de Ezeiza, donde la derecha peronista le cobró con sangre a la "patria socialista" su "irrupción" en el movimiento(56), Perón explicitó su opción por "la patria peronista", dando un giro radical en su posicionamiento. El corte violento con "la juventud maravillosa", ahora "los imberbes", tenía por finalidad disciplinar al movimiento tras su proyecto resumido en el Pacto Social, que en lo político implicaba una vuelta al "viejo peronismo"(57). Como consecuencia de esto, Perón pasó a apoyar a la burocracia sindical, a la que reconoció como la estructura oficial de representación del MO. A partir de 1974, con su llegada al gobierno, arremetió frontalmente contra el sindicalismo combativo de base clasista nucleado en el CGTA, quienes – en su retórica hacia adentro y afuera del peronismo- pasaron a ser "los rupturistas irresponsables de la concordia social", haciéndolos responsables de la imposibilidad de unir a la argentina en un proyecto "nacional y popular", que supuestamente representaba el Pacto Social. En esta retórica, articuló discursivamente viejos elementos del discurso de peronización del MO que tan buenos resultados le dio en su primer gobierno, incluso incorporando tópicos instalados por la doctrina de seguridad nacional, gestada en el onganato.

A partir de enero de 1974, apoyó a la burocracia en la implementación de un nuevo estatuto interno de la CGT, donde la facultaba a la intervención de los gremios para terminar con el ala combativa del MO, tal cual el período 43-45. Arremetió contra los espacios que aún ocupaba el ala izquierda del movimiento agrupada en la Tendencia, cuyos dirigentes son desalojados de sus cargos en un breve período(58). En el marco de su giro derechista, nombró a Alberto Villar al frente de la Federal y ascendió a López Rega a comisario general, al cual le permitió crear con fondos de Desarrollo Social una misteriosa fundación con supuestos fines benéficos. Fue una de las fuentes secretas de financiamiento de los grupos paramilitares de extrema derecha reunidos en la AAA (Alianza Anticomunista Argentina), cuyas acciones en cooperación con la policía y los militares, marcaron el inicio del terrorismo de estado(59). Tras su muerte, en cuyo lecho nombró como único heredero al pueblo dejando abierto el terreno de disputa por la representación del movimiento, con la llegada de Isabel Martínez, la derecha accedió al poder del estado. Fue el comienzo del fin del modelo industrialista, y de las pocas posibilidades que quedaban de implementar un proyecto nacional y popular.

Conclusiones

Para concluir, volvemos a la pregunta que nos originó la inquietud de tratar de entender el proceso histórico dónde se inscribió la vuelta a sus orígenes en el MO organizado, el reencuentro con su ética política, inscripta en el seno de la relación capital-trabajo. Entonces, ¿por qué no se concreto definitivamente aquel cambio dirigencial radical en el MO organizado?

En principio, entendemos que el sindicalismo de base de principio de siglo, se radicalizaba en el mundo del trabajo con prescindencia del orden político del cual estaba dissociado, al menos hasta el proceso que se inicia con la Ley Sáenz Peña(60). Si bien a partir de ésta, estos mundos pueden

retroalimentarse, lo cierto es que la apertura a la participación política llega cuando el MO se había organizado, con su prescindencia. Hacia el final del proceso de radicalización del movimiento obrero, durante la década de 1970, la pertenencia política partidaria en las bases del MO organizado, terminaría jugando un rol central en la definición del conflicto entre la burocracia y el clasismo, dentro del mundo del trabajo. Esta pertenencia política, había sido forjada desde la segunda mitad de 1930, en torno al entonces incipiente movimiento en cuyo proceso de construcción los trabajadores vieron materializadas sus conquistas sociales y económicas, que constituyeron la base material de la configuración cultural de esta nueva pertenencia: el peronismo.

Si este nuevo sindicalismo que confluye en la CGTA, implicaba de algún modo la reconciliación del MO organizado con sus orígenes, entendemos que se debía a la desperonización de su estructura, plasmada en su praxis político-gremial. Pero no tan sólo en su contenido de negación vemos cierta vuelta a los orígenes como resultado de la desperonización, sino también en el contenido de proposición que podríamos sintetizar como un proyecto obrero de corte socialista.

Como muestra de su contenido de negación, encontramos la aceptación en altos cargos de conducción, de nuevos dirigentes que no provenían del peronismo ni se reconocían peronistas. Estos dirigentes, pertenecían al campo político-cultural de las izquierdas, en tanto eran portadores de una visión clasista de corte rupturista en la relación capital-trabajo, que direccionaba la conducción de la lucha obrera. Tal política sindical, trascendía el plano del reclamo salarial y la mejora en las condiciones de trabajo, complejizando la visión del conflicto capital-trabajo a partir de su vinculación con el contexto de desigualdad en el orden comunitario. Esto cuestionaba tanto la autoridad patronal, como la gubernamental y la burócrata-sindical. Esta última, se mantenía fiel al lugar que el peronismo le daba dentro del movimiento, y sostenía con su pertenencia política el lugar de "representación" dentro del MO organizado.

En cuanto al contenido de proposición, el mismo sostenía el antagonismo entre los intereses de la clase obrera y los intereses de la patronal, identificando al MO como El sujeto colectivo del cambio social y político. Dicho cambio, implicaba la verdadera liberación nacional, entendida como la construcción de un orden socialista, expresado en la nacionalización de los medios productivos y su colectivización bajo control obrero. Esto imprimía al sindicalismo, la impronta de convertirse en el espacio de construcción de la conciencia obrera, partiendo de la ética forjada en la relación capital-trabajo, cuya proyección al ámbito comunitario impedía la subordinación a cualquier proyecto político, incluido el peronismo.

Si el propio Perón apoyó en un principio a la CGTA, fue para volver a subordinar bajo sus directivas a la burocracia sindical, aprovechando las fisuras que el doble juego les había generado ante sus bases. Pero, además, para incrementar el grado de conflictividad en la realidad local, motivo por el cual apoyó también a los sectores radicalizados del movimiento, con miras a forzar su regreso político. Aunque el núcleo del clasismo se resistía a ser parte del proyecto político de Perón, igualmente participó de la resignificación político-cultural que se hacía del peronismo, con la finalidad de ampliar su estructura gremial – no peronizada- en un campo obrero que continuaba

mayormente peronizado.

El giro de Perón en su regreso al poder, optando por la burocracia sindical ahora subordinada en la conversión "vandonismo sin Vandor"(61), por el neoperonismo político y abriendo espacios en su gobierno para la derecha peronista, entendemos que se corresponde con su necesidad de retomar el control total del proceso político, mediante la implementación del Pacto Social. El clasismo implicaba necesariamente, la negación de la posibilidad de un terreno común de cooperación y mutuo crecimiento entre los polos antagónicos del capital y el trabajo. Es lo mismo que decir, la negación de la alianza fundacional del peronismo y que Perón se proponía fortalecer en su vuelta al poder, aunque con otro grado de asimetría: en favor del capital. Esto constituyó el núcleo de la avanzada violenta contra los sectores combativos dentro del movimiento, y contra la CGTA en el ámbito gremial.

De este modo, el clasismo quedó atrapado en un camino sin salida. Su desarrollo y continuidad dependían de la desperonización del MO en principio y a partir del Pacto Social, de la desperonización de la vida política después. Pero parte de su basamento político cultural, estaba dado por el propio movimiento, si no en toda su dirigencia sí en la pertenencia política partidaria de sus bases obreras. Si estas los apoyaron, en principio, fue a partir de reconocer en ellos la autenticidad de su representación, dada por la honestidad, la combatividad y la constante presencia en el espacio laboral. Más allá del mundo del trabajo, donde el conflicto fue planteado en el orden social y político como un todo que configura el mundo laboral, le da contenido y forma, las bases obreras, mayormente no estuvieron dispuestas a seguirlos. Esto conspiró contra la necesidad de expandirse como fuerza nacional, hasta llegar a conquistar la representación gremial de Buenos Aires, núcleo de la burocracia. La represión y persecución estatal, que combinó la cárcel con las formas más crueles y perversas de ejercicio de la violencia física, hicieron el resto.

Pero inclusive trascendiendo la coyuntura del "Pacto Social", el proyecto de cambio radical propuesto por el sindicalismo clasista, resultaba antagónico al proyecto histórico del peronismo. Este configuró la cultura política de la "integración nacional", entendida como la integración de distintas clases sociales, en un modelo de país que no trascendía el horizonte propuesto por sus sectores dominantes: el capitalismo dependiente. Esto significaba la continuidad modificada de la subordinación del trabajo al capital en las relaciones de producción. La "liberación nacional" pregonada por Perón en este contexto, implicaba a esta "integración nacional" como proyecto político. Antagónica, por cierto, a la "Liberación Nacional" que pregonaba el contenido propositivo del clasismo, cuyo proyecto político era la "Revolución Social".

Citas

1- En tanto que, no es objetivo del presente trabajo dar cuenta de la dinámica histórica de ambos ejes de conflictos, sugerimos para un mayor entendimiento la lectura de dos libros que permiten situarlos en el orden mundial y en el orden latinoamericano. Para el primer caso, la Historia del siglo XX, de Eric Hobsbawm, segunda parte "La edad de oro" (pág. 228 a 400), CRÍTICA, Buenos Aires, 1998. Para el segundo caso, la Historia contemporánea de América Latina, de Tulio Halperin Donghi, tercera parte "Agotamiento del orden neocolonial" (pág. 371 a 630), Alianza, Buenos Aires, 1992.

2- James Daniel (Director): Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976 (Parte III, "Sindicatos, burócratas y movilización" , pp119 a 122), Sudamericana,

Buenos Aires, (...).

3- *Ibidem*, pp. 122 a 124.

4- Para decir esto, nos remitimos al texto de Plotkin Mariano, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)* (parte II, pp. 75 a 140), Buenos Aires, Ariel, 1994.

5- James Daniel (Director): *Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976* (Parte III, "Sindicatos, burócratas y movilización", pp. 119 a 122), Sudamericana, Buenos Aires, (...).

6- James Daniel, *Op. Cit.*

7- James Daniel, *Op. Cit.*

8- James Daniel, *Op. Cit.*

9- James Daniel, *Op. Cit.*

10- James Daniel, *Op. Cit.*

11- De Riz Liliana: *La política en suspenso, 1966-1976* (Parte I, pp. 13 a 65), Paidós, Buenos Aires, 2000.

12- De Riz, Liliana, *Op. Cit.*

13- Halperin Donghi Tulio: *Historia contemporánea de América Latina* (Parte III, "Agotamiento del orden neocolonial" pp. 371 a 630), Alianza, Buenos Aires, 1992.

14- De Riz, *Op. Cit.*

15- Torrado Susana: *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1992.

16- Torrado Susana, *Op. Cit.*

17- Minsburg Naum, *Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1987.

18- Minsburg Naum, *Op. Cit.*

19- Minsburg Naum, *Op. Cit.*

20- Torrado Susana, *Op. Cit.*

21- Ver punto 2.1 El Sindicalismo en la coyuntura Frondizi.

22- James Daniel, *Op. Cit.*

23- Ver John William Cooke y el peronismo revolucionario, Oscar Troncoso (Dir.), colección Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.

24- James Daniel, *Op. Cit.*

25- James Daniel, *Op. Cit.*

26- Claro está que nos referimos al retórico planteo esgrimido por el general y sus facciosos fundamentalistas. Puesto que como bien sostenía Cooke, a nuestro juicio portador de una de las miradas políticas más lúcidas del período, las FA lejos de intervenir para solucionar una situación anárquica constituían el factor principal de tal anarquía. Citado por De Riz Liliana, en *La política en suspenso: 1966-1976*, capítulo N°1, "La Argentina ordenada. Manu Militari" (pág. 29-30), Buenos Aires, Paidós, 2000.

27- Ver apartado "2.3. Marco contextual en el plano de las ideas".

28- De Riz, *Op. Cit.*

29- Muy sintéticamente, diremos que la llamada "Doctrina de Seguridad Nacional", partía de atribuir a la idea de nación y al concepto de patria un contenido definido desde los sectores de poder y atribuido como su basamento último a la Constitución Nacional (CN). En la elaboración de tal contenido interpretativo,

confluían elementos del cristianismo católico de derecha, con fundamentos ideológicos de los sectores más reaccionarios del poder político y económico, en concordancia con el alineamiento hegemónico occidental en el plano internacional, en el contexto de la llamada guerra fría. Esta doctrina, instalaba a las FA como “custodios de la legalidad” interpretada desde tal contenido. Cuando el ejercicio de ésta legalidad, daba como resultado la implementación de gestiones de gobierno o acciones de grupos, que – a juicio de los militares- atentaran contra el orden occidental y cristiano postulado, la doctrina facultaba a las FA a interrumpir la institucionalidad para “garantizar su espíritu occidental y cristiano”, “plasmado” en la CN. Dicho de otro modo, se subordina la soberanía popular a la preservación del orden social definido por dicho contenido.

30- De Riz, Op. Cit.

31- Minsburg, Op. Cit

32- James Daniel, Op. Cit.

33- De Riz, ibidem, Pág. 54.

34- Mirta Zaida Lobato y Juan Suriano: La Protesta social en la Argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

35- De Riz, pag 48

36- Daniel James, Op. Cit.

37- James Daniel: Resistencia e integración (Cap. IX, pp. 286 a 327), Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

38- Remitirse al punto: 2.2. El sindicalismo en la coyuntura Frondizi, del presente trabajo.

39- James Daniel: Resistencia e integración, Op. Cit.

40- James Daniel, Resistencia e Integración, Op. Cit.

41- Torrado Susana, Op. Cit.

42- Ferrer Aldo: La Economía Argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

43- Minsburg Naum, Op. Cit.

44- Cabe señalar, que este hecho tuvo un simbolismo importante por lo que significaba Aramburu para el movimiento obrero, en particular el peronismo de la resistencia. Se trataba nada menos que del artífice del aplastamiento sangriento a la rebelión cívico-militar promovida por la resistencia y encabezada por el General Valle, como así también del fusilamiento de trabajadores en los basurales de José León Suárez, documentados por Rodolfo Walsh en “Operación Masacre”. Cargarse al fusilador Aramburu, era en este caso, materializar la posibilidad de dar muerte al proyecto gorila instaurado en 1955.

45- James Daniel, Resistencia e integración, Op. Cit.

46- Con esto no estamos sosteniendo la ausencia de elementos del peronismo en su constitución, tanto en el ámbito del discurso, como de los sujetos, en cuanto a la pertenencia política e identitaria mayoritaria en sus bases, puesto que entendemos que ocurría lo contrario. Desperonización en tanto, ya no son las directivas de Perón el elemento rector de su práctica gremial y política, como así también en que la pertenencia al peronismo no es un requisito necesario y suficiente para acceder a la conducción.

47- La política discursiva articulada por el CGTA en este sentido, queda evidenciada en su órgano de difusión oficial, el Semanario CGT. El semanario, explicita su concepción tanto del trabajador como de su praxis política a lo largo de todas sus publicaciones. Partiendo de una concepción libertaria del trabajador, por la cuál el trabajo debe ser parte constitutiva de la persona y no mera actividad disociada de su Ser, expresada en frases como “toda compra y venta del trabajo es una forma de esclavitud (Semanario N°1,01/05/1968)”, se deduce la orientación que debe tener la práctica política de ese trabajador: “los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir no sólo en la producción sino en la administración de las empresas y la distribución de los bienes (Semanario N°1, 01/05/1968)”. Pero si en estas líneas

aparece explicitada la pertenencia a un enfoque clasista del conflicto en torno al trabajo, es más común que el semanario se refiera a "los trabajadores" que a la "clase obrera". Es decir, primaba la denominación característica del discurso peronista (trabajadores) en el marco de una concepción clasista en el modo de ver la realidad político social. (Ver la recopilación de publicaciones del Semanario CGT, publicadas por Universidad Nacional de Quilmes y Página/12).

48- Daniel, James, Resistencia e Integración, Op. Cit.

49- Daniel, James, Resistencia e Integración, Op. Cit.

50- Daniel, James, Resistencia e Integración, Op. Cit.

51- Svampa Maristella, "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976" (Pág. 386 a 391), en James Daniel (Director), Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976), tomo N°9 de Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.

52- Svampa Maristella, Op. Cit.

53- James Daniel, Op. Cit.

54- James Daniel, Op. Cit.

55- Svampa Maristella, Op. Cit.

56- Nos remitimos a la investigación de Verbitsky Horacio, Ezeiza, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

57- Svampa Maristella, Op. Cit.

58- Svampa Maristella, Op. Cit.

59- Seoane María: El burgués maldito, Planeta, Buenos Aires, 1998

60- Con esto nos referimos a lo siguiente. Desde la década de 1880, los trabajadores urbanos comienzan a organizarse en sociedades gremiales y de resistencia, sujetos colectivos desde los cuales surgen las iniciativas que irán paulatinamente arrancando con sus luchas, pequeñas concesiones al orden conservador. La característica de estas asociaciones es que, mayoritariamente, apuntan a mantener su autonomía del orden político. Esto se debía, a la hegemonía del anarquismo en el MO y al carácter excluyente en lo político del orden conservador. A partir de la Ley Saenz Peña (LSP), estos mundos disociados comienzan a cruzarse. Los anarquistas, rechazaban el modelo republicano de democracia representativa como camino para alcanzar la sociedad igualitaria, se pronunciaban por la ruptura violenta con este orden y la instauración del igualitarismo libertario. Los socialistas, proponían la llegada al igualitarismo por la vía republicana de la democracia burguesa, a través de reformas políticas, por lo tanto participaban del sistema político a partir de la LSP. De este modo, una identidad clasista definida en el mundo del trabajo, impugnadora de las exclusiones sociales y económicas a las que eran sometidos, no se traducía en una fuerza política que representara sus intereses clasistas, cuestionando el contenido excluyente del modelo republicano del orden conservador. Contra esta necesidad histórica, también conspiraba la movilidad tanto vertical (ascenso social) como horizontal (de un sector productivo a otro, del contexto urbano al rural, del contexto local al país de origen) que experimentaron los trabajadores. (Lobato Mirta Zaida, "Los Trabajadores en la era del "progreso", en M. Z. Lobato (Dir.) El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916), Buenos Aires, Sudamericana, 2000.)

61- Con esto no nos referimos solamente a la desaparición física del burócrata corporativista y a la continuidad de su política gremial, sino a la subordinación de la burocracia por parte de Perón a su necesidad coyuntural. El proyecto gremial que implicó el vandomismo continúa vivo, sólo que ya no se propone sustituir a Perón sino que se encolumna tras su regreso político. Al menos en principio.

Bibliografía

De Riz, Liliana: La política en suspenso, 1966-1976 (Parte I, pp. 13 a 65), Paidós, Buenos Aires, 2000.

Ferrer Aldo: La Economía Argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires,

1999.

Halperin Donghi Tulio: Historia contemporánea de América Latina (Parte III, "Agotamiento del orden neocolonial" pp. 371 a 630), Alianza, Buenos Aires, 1992.

Hobsbawm Eric: Historia del siglo XX (Parte II "La edad de oro", pp. 228 a 400), Crítica, Buenos Aires, 1998.

James Daniel: Resistencia e integración (Cap. IX, pp. 286 a 327), Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

James Daniel (Director): Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976 (Parte III, "Sindicatos, burócratas y movilización", pp.119 a 167), Sudamericana, Buenos Aires.

Lobato Mirta Zaída y Suriano Juan: La Protesta social en la Argentina, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

Lobato Mirta Zaída, "Los Trabajadores en la era del "progreso", en M. Z. Lobato (Dir.) El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916), Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

Minsburg Naum, Capitales extranjeros y grupos dominantes argentinos. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1987.

Plotkin Mariano: Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955) (parte II, pp. 75 a 140), Buenos Aires, Ariel, 1994.

Seoane María: El burgués maldito, Planeta, Buenos Aires, 1998.

Torrado Susana: Estructura social de la Argentina, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1992.

Troncoso Oscar (Dir.), John William Cooke y el peronismo revolucionario, colección Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.

Verbitsky Horacio: Ezeiza, Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

Svampa Maristella: "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976" (pp. 386 a 391), en James Daniel, Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976), tomo N° 9 de Nueva Historia Argentina, Sudamericana, Buenos Aires.